

CAPÍTULO I. *Que comienza a tratar la vida de el venerable apostólico varón, fray Martín de Valencia, primer prelado y evangelizador de la fe en los reinos de esta Nueva España*



UANTO MÁS TIENE DE VERDAD UNA HISTORIA, tanto mayor ánimo pone al que la escribe para tratarla con llaneza de palabras y desnuda de toda curiosidad humana, como tratando el príncipe de la Iglesia San Pedro de el misterio de la transfiguración de Cristo señor nuestro, lo dice por estas palabras:<sup>1</sup> No siguiendo el suave estilo de las doctas fábulas, hacemos manifestación de la virtud de nuestro señor Jesucristo. Como quien dice: Esta infalible verdad no la predico y digo con estilo de fabulosa elocuencia, cortando flores de retórica y componiendo con ellas un ramillete de lenguaje pulido y cortesano; entretejiendo entre pocas verdades cien mil mentiras, sino que la digo y predico con lenguaje casto y llano, desnudo de toda composición humana y vestido de el mismo Dios, que es verdad por esencia. Como si dijese el apóstol: Nadie piense que esto que digo es fábula o doctrina fabulosa, inventada de mi sola imaginación, como hicieron los gentiles antiguos, poetas y filósofos, que a vueltas de una verdad, dijeron muchas mentiras; pero es verdad infalible y probada con la misma virtud de Dios. Y esto mismo dijo San Pablo,<sup>2</sup> hablando de la predicación evangélica, con estas palabras: No predico (dice) con palabras persuasivas de humana sabiduría, compuestas de ingenios agudos y cavilosos, porque la verdad no ha menester invenciones; y desnudamente que se trate agrada más que todas las mentiras imaginables, adornada de toda retórica y policia; porque la verdad de lo uno, suple la falta de el adorno de lo otro.

Supuesta esta doctrina de estos dos sagrados apóstoles y tomándola por consejo, para seguirla en este libro, digo que esto obliga a un historiador, para que lo que ha de poner por escrito lo diga animosamente con el lenguaje suficiente y necesario a la narración, y la excusa de nota, cuando no multiplica palabras que parecerían demasiadas, y aun sospechosas en la pureza de la verdad que escribe. Y habiendo de tratar por principio de este libro la de mi bendito padre fray Martín de Valencia, fundador de esta Provincia de el Santo Evangelio, entro en ella con aventajado ánimo, por saber que son averiguadas verdades las que de ella he de escribir; y que para decirlas basta el estilo llano, con que siempre he procedido en todos estos mis libros, la cual vida escribió, tres años después de su muerte el gran siervo de Dios fray Francisco Ximénez, muy familiar de este varón

<sup>1</sup> 1. Petri. 1.

<sup>2</sup> 1. Ad Cor. 2.

santo, y uno de los once sus compañeros; y por ser el primero que fue nombrado para esta conversión con autoridad apostólica, así también se pone por primera su vida en este libro, donde hacemos un epílogo de otras de otros muchos hijos de San Francisco, que florecieron en estas Indias y murieron con fama y olor de santidad.

Fue, pues, el padre fray Martín de Valencia natural de la Villa de Valencia de don Juan, en tierra de Campos, la cual está situada entre la ciudad de León y la Villa de Benavente; hijo de padres honrados (según el mundo) y es de creer serían buenos cristianos, que es una de las calidades que más debe de florecer entre la gente noble y honrada, y que como tales, criaron a este su hijo en su tierna edad, con la leche de el temor de Dios, en loables y santas costumbres; pues según lo que está escrito, el árbol bueno es el que comúnmente da buen fruto;<sup>3</sup> y en otro lugar se dice: el buen hijo y sabio arguye doctrina en su padre.<sup>4</sup> De donde se debió de aprovechar Platón para decir que como son los hijos tal es el gobierno de la casa de su padre, pareciéndole a este sapientísimo filósofo que las costumbres buenas o malas de los padres, fácilmente las aprenden los hijos que se crían con ellos. Y muy raro acaece salir hijo virtuoso de padres viciosos, porque el tal sería como la rosa entre las espinas. Y esto decimos porque el mal ejemplo de los padres estraga la tierna edad de el hijo, y con la continua comunicación de el mal que ve hacer se habitúa el mancebo en él, y lo sigue después como cosa natural, por la mala costumbre que en él tiene. Verdad es que de la crianza de este siervo de Dios en su puericia y juventud, ni de sus primeras inclinaciones y costumbres en aquella edad, ninguna cosa hay escrita; porque él era tan humilde y despreciado, y tan señor de su lengua, que nunca trataba pláticas infructuosas, ni menos tocantes a su propia persona; pero bien se deja entender de la vida que en su media y postrimera edad hizo (en que permaneció y acabó) que la primera fue prevención de las bendiciones de dulzura de el Señor, como dice el salmo,<sup>5</sup> y que entonces hizo tales obras que mereció alcanzar de Dios la alteza de la perfección de vida y ser llamado a mayores cosas y tenido en perpetua memoria en la tierra, como creemos lo es también en los cielos; porque según dice el sabio<sup>6</sup> de los ejercicios y ocupaciones a que el hombre se aplica, se conoce la mala o buena inclinación de su mocedad.

La noticia que de este apostólico varón se tiene es desde que tomó el hábito de nuestro padre San Francisco, en el convento de Mayorga, de la provincia de Santiago; en la cual determinación fue muy guerroado de el demonio que, como astuto y experimentado, conocía de sus deseos y obras y vida pasada, en el hábito secular, la mejoría que con la mudanza de estado había de tener mudada la vestidura de el hombre viejo (como dice San Pablo)<sup>7</sup> en otro nuevo, según convenía a hijo legítimo y verdadero imitador de tal padre, como San Francisco. Y así padeció sobre el caso graves

<sup>3</sup> Math. 7.

<sup>4</sup> Prov. 23.

<sup>5</sup> Psal. 20.

<sup>6</sup> Prov. 20.

<sup>7</sup> Ad Col. 3.

y terribles tentaciones de inconvenientes y estorbos que el demonio le ponía por delante; porque como astuto que es no hace guerra al que tiene por suyo, que con el tal se descuida y deja seguir los caminos y senderos que quiere y se le antojan; pero al que se le va de las manos o no puede asirle con alguna culpa mortal, le pone estropezos, muy a menudo, para que caiga; y en esta ocasión apercibe sus mañas y dispara toda su infernal artillería, que puede, como hace el carcelero, que cuando tiene seguros y a buen recaudo sus presos, lo está él y duerme a sueño suelto; lo cual no hace cuando le han escalado la cárcel y se le han ido de las manos y se han huido. Pero todas estas asechanzas infernales y estorbos diabólicos venció el bendito varón, ayudado de la gracia de Dios, que es el arnés fino, con que se favorecen los de la valía de Dios en las peligrosas luchas que tienen con el demonio. Tuvo por maestro el año de su noviciado al padre fray Juan de Argomanes, que después fue provincial en la misma provincia de Santiago. Siendo novicio leyó el libro de las conformidades de mi padre San Francisco, de cuya lección fue muy alumbrado su espíritu y comenzó a gustar y conocer la virtud de la pobreza, y a concebir ferventísimo celo de ella y deseo de la perfección; en tanto grado que siendo ya profeso y venida a su noticia la fama de la estrecha observancia y reformación que en algunas casas que ahora son de la provincia de la Piedad, en el reino de Portugal y en otras de Extremadura, hacía el varón de Dios, fray Juan de Guadalupe, que a la sazón allí residía, procuró de pasarse a ellas, no sin mucho trabajo y dificultades, que el adversario le causó y los religiosos de su provincia le pusieron por no perder su santa compañía, que en menos tiempo que otros hizo demostración del fuego del Espíritu Santo, que en su alma ardía. Y así, como se dice en los *Proverbios*, que no se puede absconder en el seno, así tampoco este nuevo soldado de Jesucristo podía encubrirlo en los de su alma. Mas a todas las adversidades y contradicciones se ofreció de buena gana y voluntad, a trueque de alcanzar lo que su alma deseaba, que era estar en parte adonde con más estrechez y rigor guardase la vida y regla que había profesado y tener por maestro y dechado un varón tan aprobado y perfecto religioso, como era fray Juan de Guadalupe. Porque si para saber ciencias humanas, dice San Gerónimo de Platón, que anduvo muchas partes de la Grecia buscando maestros de quien aprenderlas, con más razón se determinó fray Martín, para ir en busca de el que lo podía ser de las cosas que enseñan el camino del cielo, que es una ciencia que aunque todos los cristianos la platican, muy pocos la entienden; porque las más veces la interpretamos a nuestro gusto y no la obramos como suena y Dios la tiene declarada; y por esto dice Jesucristo en su Evangelio, que es muy estrecho el camino de el cielo y que muy pocos se determinan a pasar por él, siguiendo los más el camino ancho y espacioso de el infierno.

En compañía de este bendito religioso estuvo algún tiempo, siguiendo sus pisadas en pobreza y humildad, a la manera de San Hilarión, cuando fue a tomar ejemplo de vida y costumbres del glorioso San Antonio. Pero cuando este su apostólico maestro murió, que fue el año de 1505 y después

algún tiempo que estuvo ayudando a los compañeros del mismo fray Juan, volvió (ordenándolo el señor) a su provincia de Santiago, por las contradicciones grandes que tuvo al principio aquella custodia de San Gabriel, y vino hecho ya maestro en la escuela de virtudes y con deseo de honrar, y ayudar a su madre, adonde había profesado y de sembrar en ella la doctrina de aprovechamiento espiritual que había aprendido. Y esta vuelta no la hizo con demostración de liviandad, sino habiendo sido primero rogado de los religiosos de la dicha provincia de Santiago, prometiéndole que le darían una casa donde pusiese toda la perfección y estrechez que quisiese. Aceptó este partido y eligió su asiento junto a Belvis, donde edificó un monasterio que puso por nombre Santa María del Berrocal, y allí moró algunos años, y en su compañía fray Pedro de Melgar, compañero del padre fray Juan de Guadalupe; en cuya compañía había estado también después de la muerte del dicho fray Juan, dando tan buen ejemplo, y doctrina que en toda aquella tierra le tenían por un apóstol y todos lo amaban como a padre.

Con esta casa de Belvis, y otras seis que después dio la provincia de Santiago, y cuatro que tenían los compañeros de fray Juan de Guadalupe, solicitándolo el varón de Dios y otros de su espíritu, se fundó la custodia de San Gabriel, en mucha estrechez y observancia, el año de 1516, no obstante que el memorial de la provincia de San Gabriel dice que el año de 1514. Y digo el año de 16 por autoridad del padre fray Toribio Motolinía, curioso investigador de los tiempos y verdades. Esto se hizo víspera de la Concepción de nuestra señora, y fue elegido por primer custodio fray Miguel de Córdoba, varón de muy alta contemplación. Costóle este negocio a fray Martín de Valencia mucho trabajo, así del espíritu, como del cuerpo; porque demás de la continuación que por ello a Dios hacía y contradicciones que se le ponían, anduvo con otros compañeros largos caminos yendo a Roma y otras partes padeciendo mucha hambre, sed, cansancio y persecuciones. Y en estos caminos permitió el señor (para más merecimiento de su siervo) que una vez, en un despoblado, lo prendieron ciertos ladrones y queriéndose soltar no pudo tanto huir que no le alcanzasen, y por la fuga que hizo le dieron muchos palos, los cuales recibió con gozo, por amor de Dios, no quejándose, ni dando mal, por mal; mas antes, con mucha paciencia, rogando a Dios por los que le maltrataban y herían.

